

CAPITULO CUATRO

MENTIRAS QUE LAS MUJERES CREEN... ACERCA DEL PECADO

El día en el que la familia Romero adoptó como mascota a Sonia, apenas medía treinta centímetros. Ocho años después había crecido hasta medir tres metros y medio y pesar cuarenta kilogramos. Un día Sonia, una pitón de Birmania, atacó a Derek, de quince años de edad y lo estranguló hasta matarlo. En un momento fatal la criatura que parecía tan mansa e inofensiva resultó ser una bestia mortífera. La “mascota” que esta familia trajo con tanta ingenuidad a su casa, que cuidó y alimentó se volvió contra ellos y trajo destrucción. En cierta forma el desenlace no sorprende, pues al final la serpiente pitón hizo lo propio de su naturaleza. Lo mismo sucede con el pecado. Aunque nos distrae, juega con nosotros, duerme con nosotros y nos divierte, su naturaleza nunca cambia. Tarde o temprano, y sin que podamos evitarlo se levantará para morder y devorar a quienes le ofrecieron su amistad. Cualquier engaño es mortal. Sin embargo, las mentiras más mortíferas son las que Satanás nos dice acerca de Dios y del pecado. El engañador trata de convencernos de que Dios no es quien dice ser y que el pecado no es lo que Él dice. Satanás nos pinta las cosas de tal forma que degrada el carácter de Dios y la gravedad del pecado. Hace parecer a Dios como si no fuera tan bueno y al pecado no tan malo.

La tecnología moderna ha permitido retocar las fotografías hasta que la imagen más horrenda puede verse hermosa. Eso es justo lo que hace Satanás con el pecado. Con astucia mejora la apariencia de algo que es repugnante, torcido y lo hace ver como una obra de arte y belleza. Sin embargo, disfrazar el pecado no cambia su naturaleza esencial. Aunque la pitón parecía tan inocente y tranquila, también en algún momento se descubre su naturaleza verdadera y mortífera. Satanás utilizó el engaño en el huerto para incitar una rebelión cuyas consecuencias serían mucho más nefastas de lo que podría imaginarse. Las mentiras que él nos dice hoy son en esencia las mismas que le dijo a la primera mujer.



13. PUEDO PECAR Y QUEDAR IMPUNE

Creo que esta es la mentira más básica que Satanás nos dice acerca del pecado. Dios dijo a Adán: “Si comes del fruto de este árbol morirás”. El mandato era claro: “**No comas**”. El resultado de la desobediencia también era claro: “**Morirás**”. Satanás sembró en la mujer la duda respecto a la bondad de Dios por su mandato y a su derecho divino de gobernar su vida. Luego rebatió las consecuencias que Dios había establecido. Lo hizo mediante un ataque directo a la Palabra de Dios: “Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis” (**Gn.3:4**).

En tres ocasiones el salmista señala que la razón por la cual las personas desobedecen a Dios es creer que pueden quedar impunes:

*Dice en su corazón: No seré movido jamás;
Nunca me alcanzará el infortunio...
Dice en su corazón: Dios ha olvidado;
Ha encubierto su rostro; nunca lo verá...
¿Por qué desprecia el malo a Dios?
En su corazón ha dicho: Tú no lo inquirirás.*



Salmos 10: 6, 11,13

El diablo nos hace pensar:

- “Mi pecado no será juzgado”
- “No cosecharé lo que siembro”
- “Lo que yo elija hoy no traerá consecuencias futuras”
- “Puedo jugar con fuego sin quemarme”

Como sucede con otras mentiras, no las creemos de manera consciente. Tal vez hasta rechazamos estas ideas en nuestra mente. Sin embargo, decidimos pecar porque en el fondo pensamos que es posible quedar impune. Debemos recordar sin cesar que Satanás es un mentiroso. Lo que Dios llama “pecado” Satanás dice que es:

- | | |
|------------------|----------------------------|
| ✓ Divertido | ✓ Nuestro derecho legítimo |
| ✓ Seguro | ✓ Inevitable |
| ✓ Inocente | ✓ Deseable |
| ✓ Insignificante | |

No obstante, la verdad es que:

- ❖ El pecado es peligroso y destructivo, y conduce a la muerte.
- ❖ Cosecharemos lo que sembramos.
- ❖ Cada elección que hacemos en el presente traerá consecuencias futuras.
- ❖ Si jugamos con fuego nos quemaremos.
- ❖ “El pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” **(Stg.1:15)**.

Es lamentable que tantas personas ni siquiera reconozcan que sus elecciones naturales y carnales traen consecuencias en su vida, su matrimonio, sus hijos, su salud y su relación con Dios y con los demás.

LOS PLACERES DEL PECADO

Además de hacernos creer que podemos pecar y quedar impunes, el engaño de Satanás hace algo más. En el Huerto del Edén le hizo esta insinuación a Eva: “no solo puedes desobedecer a Dios sin sufrir consecuencias negativas. Puedes además gozar de ciertos beneficios si comes del fruto” (**Gn.3:5**). Lo que Satanás sugirió en realidad es que las consecuencias no importan, pues el placer y los beneficios que se disfrutaban por “hacerlo a su manera” valen la pena. Eva le creyó, y nosotras también. Después de todo, si no creyéramos que sacaremos algún provecho del fruto del pecado, ¿qué nos movería entonces a pecar? Por ejemplo, un romance puede ayudarte a superar un matrimonio frustrado y en algunas ocasiones llenarte del valor necesario para abandonar uno. En un sentido, Satanás tiene razón de los resultados “positivos” del pecado. Según **Hebreos 11:25** el pecado produce placer, por un instante. Sin embargo, al final impondrá un pago devastador. Y no hay excepciones.

Aquí podemos ver una lista de algunas de las consecuencias del pecado:

- El pecado roba el gozo (**Sal.51:12**).
- El pecado destruye la confianza (**1 Jn.3:19-21**)
- El pecado acarrea culpa (**Sal.51:3**)
- El pecado nos somete al dominio de Satanás (**2 Co.2:9-11**)
- El pecado apaga el Espíritu de Dios (**1 Ts.5:19**)
- El pecado produce daños físicos (**Sal.38:1-11, 31:10**)
- El pecado causa dolor en el alma (**Sal.32:3-4**)
- El pecado entristece el corazón de Dios (**Ef.4:30**)
- El pecado abre la puerta a otros pecados (**Is.30:1**)
- El pecado rompe la comunión con Dios (**Is.59:1-2**)
- El pecado produce temor (**Pr.28:1**)
- El pecado esclaviza (**Jn.8:34, Ro.6:16**)

Cada vez que nos sentimos tentadas a desobedecer a Dios en algún momento. Preguntémonos: ¿En realidad estamos dispuestas a pagar este precio? ¿Podemos pagarlo? Algunas veces las consecuencias de nuestro pecado solo pueden verse meses o años más tarde, algunas consecuencias tardarán hasta el momento en el que estemos ante Dios en el trono de su juicio. Esa es la razón por la cual persistimos en la insensatez de pensar que podremos salir bien librados a pesar de pecar (**Ec.8:11**). Uno de los propósitos de Dios al demorar la retribución divina es darnos tiempo para arrepentirnos (**2 P.3:9**). Con todo, el día de la retribución vendrá. Y en ese momento cada hijo de Dios deseará con todo su corazón haber escogido el camino de la obediencia. Después de jugar con el pecado y gozar sus “placeres” por muchos años, al final (y demasiado tarde) el rey Salomón declaró convencido esto en **Eclesiastés 8:12; 12:13-14**.



14. EN REALIDAD MI PECADO NO ES TAN MALO

Esta mentira y la que sigue (“Dios no puede perdonarme”) representan las dos caras de una misma moneda. Si Satanás no logra hacernos creer una, tratará de hacernos creer la otra.

Ambas son engañosas y esclavizan por igual. Las personas que han crecido en un hogar sano o en la iglesia y han aprendido a “actuar como es debido” caen más fácil en este engaño. Jamás se les ocurriría dedicarse a la prostitución, abortar u optar por el homosexualismo. Tampoco pensaría en blasfemar, defalcarse a su jefe o divorciarse de su cónyuge. Al compararse con otras personas que cometen esta clase de pecados “graves”, es fácil sentirse que no son tan malos. Nuestros pecados como malgastar el tiempo, justificar nuestras acciones, hablar demasiado, comer o beber en exceso, tener una lengua viperina, criticar, derrochar, abrigar temor, preocuparse, consentir motivos egoístas o queja, no parecen tan graves. Tal vez ni siquiera los consideremos pecado y preferimos llamarlos flaquezas, luchas o rasgos de personalidad.

Hubiera sido fácil para Eva considerar así su pecado. Después de todo, ella no abandonó a su esposo, no maldijo a Dios ni negó su existencia. Si meditas en lo sucedido, lo único que ella hizo fue darle un mordisco a un fruto que Dios le había negado. Entonces... ¿por qué era tan malo? Porque Dios dijo “No” y Eva dijo: “Lo haré”. Ese simple y único hecho de comer algo que Dios había prohibido trajo consecuencias inimaginables en su cuerpo, su mente, su voluntad, sus emociones, su relación con Dios y su matrimonio. Ese “pecadito” inclinó a su esposo a pecar y como resultado toda la raza humana se hundió en el pecado. Debemos comprender que cada pecado es gravísimo, un acto de rebelión y traición infinita. Asimismo, que al elegir nuestra propia voluntad en vez de la del Señor nos rebelamos contra el Dios y Rey del universo.

Lo que podría parecer “limpio” al compararnos con otros pecadores resulta opuesto si lo vemos frente a la santidad perfecta de Dios. Podemos conocer la verdad acerca del pecado si lo vemos a la luz del carácter de Dios. Al contemplar el resplandor de su inmaculada santidad vemos con toda claridad la fealdad de nuestro pecado (**Mr.7:20-23**).



15. DIOS NO PUEDE PERDONARME

Cuando se habla acerca del perdón, algunas mujeres dicen: “Nunca he podido perdonarme por lo que hice”. Es interesante notar que la Biblia no menciona la necesidad de perdonarnos a nosotros mismos. Sin embargo, creo que esa afirmación sugiere en realidad que nunca se han sentido perdonadas por lo que hicieron. Aún cargan la culpa y la vergüenza de su error. Si bien reconocen que Dios puede perdonarlas, en lo profundo de su ser no creen haber recibido el perdón completo. Les resulta difícil aceptar la misericordia y el perdón divinos. Sienten que para restaurar su comunión con Dios y ganar su favor deben sumar algún esfuerzo para alcanzar el perdón de sus pecados, algo así como hacer “penitencia” y lograr ser tan buenas como para resarcir el daño causado.

El problema radica en que toda una vida de “buenas obras” jamás será suficiente para destruir la culpa del más pequeño pecado cometido contra un Dios santo. El pecado produce una mancha que ningún esfuerzo humano puede borrar. Solo hay una “solución” para eliminar la culpa de nuestro pecado y es: La sangre de Jesús. La verdad acerca de estas dos mentiras: “En realidad mi pecado no están grave” y “Dios no puede perdonarme”, fue revelada en el Calvario. En el **Salmo 85:10** hay una hermosa descripción del Señor Jesús y de lo que hizo por nosotros en la cruz: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”.

Fue en el Calvario que la misericordia y el amor de Dios por los pecadores y su indignación santa por el pecado se encontraron. En el Calvario, Dios cargó sobre Jesús el castigo por todos los pecados del mundo. Al mismo tiempo, ofreció paz y reconciliación a los pecadores que estaban alejados de Él. La cruz revela con la mayor severidad lo que Dios piensa del pecado y el pago indescriptible para redimirnos de lo que a veces denominamos “flaquezas” con la mayor ligereza. Asimismo, la cruz exhibe con la mayor claridad y fulgor el amor y la misericordia de Dios hacia el más vil pecador. Si abrazamos la verdad comenzamos una relación personal con Cristo sabiendo con certeza que su sangre es suficiente para limpiar nuestros pecados y perdonarlos. No existe un pecado tan grande que Dios no pueda perdonar **(Ro.3:25)**.



16. NO SOY DEL TODO RESPONSABLE DE MIS ACCIONES Y REACCIONES

Si nos remontamos al Huerto del Edén descubrimos con claridad que esta es una de las formas de engaño más antiguas. Después que Adán y Eva comieron del fruto prohibido Dios vino para pedirles cuentas de sus actos. (Todos daremos cuenta de nuestros actos ante Dios) podemos observar que Dios no se dirigió a ellos como una unidad familiar. Él no les preguntó: ¿Qué es lo que han hecho? Tampoco les pidió explicaciones sobre la conducta del otro. Se dirigió primero a Adán, luego a Eva, y le preguntó a cada uno en particular: ¿Qué es lo que has hecho? La pregunta de Dios para Adán fue específica y directa: ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? **(Gn.3:11)** del mismo modo le preguntó a Eva: ¿Qué es lo que has hecho? Dios solo pedía que le dijeran la verdad.

En el relato vemos que Adán y Eva decidieron jugar al juego de “echarle la culpa a otro” en vez de asumir cada uno la responsabilidad de sus acciones. Dios le preguntó a Adán: ¿Has comido del árbol?, y la respuesta de Adán fue: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” **(v.12)**. Eva, ¿qué es lo que has hecho? Y su respuesta fue: “La serpiente me engañó, yo comí” **(v.13)**. En ambos casos su respuesta era acertada. Eva era la mujer que Dios le había dado a Adán. Y ella le había dado del fruto a su esposo. La serpiente en efecto había engañado a Eva.

Sin embargo, al culparse uno al otro mitigaban su propia responsabilidad en el asunto. Dios nos les pidió que le dijeran quién les había hecho pecar, sino que asumieran la responsabilidad por sus propias acciones. Sin importar lo que les incitó a semejante decisión, cada uno la tomó. Adán y Eva fueron los primeros, pero es indiscutible que no fueron los últimos, pues la tendencia subsiguiente y repetida es “echarle la culpa al otro”. Todos hemos jugado el “juego” que comenzó en el huerto. Frente a nuestros sentimientos de enojo, depresión, amargura, fastidio, impaciencia o temor, la respuesta natural es atribuir al menos parte de la responsabilidad a las personas o las circunstancias que “nos llevaron” a actuar de ese modo.

El diablo nos dice que si asumimos toda la responsabilidad de nuestras propias decisiones seremos atormentadas sin razón por la culpa. La verdad es que asumir toda la responsabilidad de nuestras acciones y actitudes es la única manera de liberarnos por completo de la culpa.



17. SOY INCAPAZ DE VENCER CON FIRMEZA EL PECADO

*Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.
Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;
pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente,
y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.
¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?*



Romanos 7: 21-24

Muchas mujeres han reconocido haber caído en esta mentira. Es fácil ver cómo Satanás se sirve de ella para esclavizar a los creyentes. Como vimos en el pasaje anterior, un verdadero hijo de Dios recibe una nueva naturaleza cuyo deseo es obedecer a Dios. En lo profundo de su ser todo creyente genuino quiere vivir de una manera agradable a Dios. (La persona que no experimente dicho anhelo debería poner en duda la autenticidad de su conversión). Sin embargo, las Escrituras muestran que pese a haber nacido de nuevo, nuestra “carne” (nuestras inclinaciones naturales) persiste en oponerse al Espíritu de Dios que mora en nosotros.

Cada vez que cedemos a la carne en vez de someternos al Espíritu de Dios permitimos que el pecado gane terreno en nosotras para dominarnos. Por el contrario, cada vez que obedecemos al Espíritu le permitimos una mayor soberanía en nuestra vida. Si de manera reiterada decidimos obedecer al pecado antes que a Dios se consolidan hábitos muy difíciles de romper. En ese caso elegimos vivir como esclavas del pecado. Por un momento procuraremos hacer lo correcto, luego fallaremos, para volver a intentarlo y fallar.

Luego Satanás nos hace creer que nunca podremos cambiar y que siempre seremos esclavas de ese hábito pecaminoso. Pensamos: ¿Qué importa? ¡Al fin de cuentas volveré a caer! Voy a fracasar por el resto de mi vida en este asunto. Así que nos damos por vencidas. ¿Por qué? Porque Satanás nos convenció de que no podemos vencer con firmeza el pecado y la tentación. Recuerda que nuestras creencias determinan nuestra manera de vivir. Si creemos que vamos a pecar, pecaremos. Si creemos que nos tocó vivir en esclavitud, así será. Si creemos que es imposible vivir victoriosas, nunca lograremos vencer. Aunque parezca extraña la frase “resulta imposible cambiar” es un gran paso para vencer el pecado.

La verdad es que somos incapaces de cambiar nuestra propia vida, pues así lo declaró Jesús: “separados de mí nada podéis hacer” (**Jn.15:5**). Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo podemos librarnos de un hábito pecaminoso? Es la verdad la que nos hace libres. La verdad es que gracias a la obra consumada de Cristo en la cruz podemos vencer el pecado. Satanás ya no es nuestro dueño, y ya no tenemos que vivir como esclavas del pecado (**Ro.6:18, 8:2**).

BUENAS NOTICIAS PARA PECADORES

Como ya vimos, Satanás le prometió a Eva que después de comer del fruto prohibido sus ojos serían abiertos y sería como Dios sabiendo el bien y el mal. Sin embargo, esto es lo que en realidad ocurrió:

- Su espíritu quedó ennegrecido e incapaz de ver la verdad.
- La imagen divina que recibió al ser creada se resquebrajó y adoptó una naturaleza pecaminosa tan opuesta a la de Dios como lo son las tinieblas de la luz.
- Obtuvo conocimiento del mal (algo que Dios nunca planificó). Su comunión con Dios se rompió y le fue imposible ser justa.

Del mismo modo, cada persona ha nacido desde entonces bajo las mismas condiciones impuestas por la caída: Ciegos en lo espiritual, pecadores, separados de Dios e incapaces de hacer lo que le agrada. Por causa de nuestro pecado todos estamos bajo el justo juicio de Dios. Las buenas noticias, el evangelio, son que Jesús vino a esta tierra y tomó para sí el castigo que merecía todo el pecado de Eva y el nuestro, de modo que sus consecuencias devastadoras pudieran anularse. Gracias a su vida sin pecado, su muerte en el Calvario en la que tomó el lugar del pecador, y su resurrección victoriosa podemos ser perdonados de todos nuestros pecados y reconciliarnos con Dios a pesar de haberlo ofendido. También recibimos el poder para vivir en santidad.

El perdón y el privilegio de estar delante de un Dios santo no se reciben por haber nacido en un hogar cristiano, crecer en la iglesia, bautizarse, confirmarse, hacer buenas obras, atender al llamado en un altar, vivir una experiencia emocional, rezar una oración o participar en la iglesia. No somos salvos del pecado por confiar en obra o mérito alguno. El único medio para la salvación eterna es confiar en lo que Jesús hizo por nosotros en la cruz al morir en nuestro lugar.

- Renovemos nuestra manera de pensar con la Palabra de Dios. Leamos los siguientes pasajes y analicemos ¿Qué revelan acerca del pecado, sus efectos en nuestra vida y la provisión de Dios para solucionarlo?

SALMO 32:1-5

SANTIAGO 1:13-15

1 JUAN 1:5-9

ROMANOS 6: 11-14

 **PÍDELE A DIOS QUE TE AYUDE**
A CAMINAR EN LA VERDAD 

Santísimo Dios, confieso que muchas veces he pensado con ligereza acerca del pecado y sus consecuencias. Reconozco que todo pecado es rebelión contra ti y que entristece tu corazón. Te doy gracias por la sangre de Jesús que aplacó tu ira provocada por mi pecado. Gracias Señor Jesús por cargar con toda la culpa y la paga de mi pecado, y por concederme a cambio la justicia de Dios. Te pido que me perdones por no estimar el gran precio que pagaste por mi pecado. Gracias por la bendición del perdón completo y el privilegio de acercarme a ti libre de culpa y condenación. Te doy gracias porque gracias al poder de la cruz y al Espíritu Santo que mora en mí ya no soy más esclava del pecado, sino libre para obedecerte. Te alabo por la promesa de que un día tú librarás a tus hijos de la presencia del pecado y nos llevarás al cielo para vivir contigo por la eternidad. En el nombre de Jesús. Amén.